

Vallejo en los infiernos, *biografía de una novela biográfica*



Por: Eduardo González Viaña

Mis “Correos de Salem”, comenzaron a ser cartas a mi madre, mis hermanos y amigos, cuando recién se inventaba el correo electrónico y una computadora me permitía cambiar el nombre al destinatario y mandar la misma carta a cincuenta amigos. Un día, dos de ellos se pelearon porque descubrieron que la misma carta les había enviado a los dos.

Allá, por los años de mi infancia, mi padre me obsequió las *Tradiciones Peruanas*, ese ejemplar de pasta negra que no he abandonado nunca. Ha sido mi libro de cabecera, mi maleta de sueños, ha viajado conmigo por todo el mundo. He vivido en maravillosos lugares y siempre Palma estuvo a mi lado. Leí varias veces ese libro, como he visto ciento veintinueve veces la película *El Padrino*. El libro de Palma lo he leído mil veces.

El trabajo cuenta las peripecias que llevaron al autor a escribir la novela “Vallejo en los infiernos”, las líneas de una doble biografía se conectan: la del poeta y la del proceso de la misma novela, las dos en el contexto de la ciudad de Trujillo, a la luz de escritores como Orrego, Xandóval, Haya de la Torre, etc, y de los acontecimientos culturales y revolucionarios de la época (Grupo Norte) y de los contertulios del Grupo Trilce. El texto cuenta también la salida del Perú de Vallejo escapando de sus perseguidores y de la dudosa justicia peruana.

Palabras claves: Trujillo, Liga de Artesanos, Grupo Norte, Grupo Trilce, Vallejo, Orrego, Santa María.

Vengo de un poco lejos. Vivo en el norte de este continente, en Estados Unidos, pero cuando me acuerdo de mi tierra y de mi gente, cuando pasan las aves migratorias tengo deseos de subirme al cielo y venirme volando con ellas. Tengo que ponerme piedras en los bolsillos para no salir volando. Soy un escritor nostálgico y la nostalgia me hace escribir.

Aparte de este asunto me han ocurrido cosas extrañas. Por ejemplo, estaba en Madrid, en un café revisando la tradición aquella sobre los abogados. De pronto, vi que un señor leía a mis espaldas -y no era un abogado sino en académico que estaba confeccionando un diccionario de peruanismos. Me dijo: “apuesto que usted es peruano y escritor. Me gustaría que trabaje conmigo en mi libro de peruanismos”. Ese fue mi primer trabajo en España, gracias a Palma.

En otra ocasión estaba en un tren, en Alemania, y viajaba con mi Palma bajo el brazo. De pronto una señora me preguntó si era peruano, y de ese encuentro vino la traducción de mi libro “Monumentos a lo humano”. Ahora, la universidad Ricardo Palma, cuyo rector es un ilustre renacentista, me está dando el Doctorado Honoris Causa.

En los años 60, cuando ingresé a la Universidad de Trujillo, conocí a un grupo de estudiantes que se llamaban “Grupo Trilce”, en homenaje a la obra de Vallejo. Con ellos hice algunas travesuras, como escribir en las paredes de Trujillo “¡abajo el grupo Trilce!” para

¹ Transcripción de la conferencia ofrecida por Eduardo González Viaña con motivo de la distinción como Doctor Honoris Causa otorgada por la Universidad Ricardo Palma, en septiembre del 2014.



que la gente hablara de nosotros. Íbamos por los cafés y aprendimos a hablar en verso. Por ese entonces la cerveza Pilsen Trujillo organizaba un concurso para componer una cuarteta y siempre ganábamos nosotros. Por ello la gente pensaba que éramos el grupo “Pilsen” y no “Trilce”.

Un día llegué a un café y me encontré con mi amigo Juan Morillo, un narrador que vive en la China, lo vi bastante decaído, y le dije: “*veo que estás triste Juan Morillo*”, y otro amigo le dijo “*y en verdad que me apena tu tristeza/ bebe hermano este vaso de cerveza/ de la cerveza mejor, Pilsen Trujillo.*” Y con eso lógicamente ganamos el concurso.

Trujillo era una isla dentro de un mar de antigüedad, rodeada por Chan Chan y las pirámides del Sol y la Luna. Era de un silencio sepulcral. En la ciudad los militares no podían usar el uniforme porque todavía la revolución de Trujillo estaba en la mente. Entonces, en ese Trujillo yo encuentro a algunos amigos de “Trilce” y hermanos. Siento, como lo dijo Manuel Pantigoso, en sus generosas palabras de presentación, que estoy aquí, como si nunca hubiese salido de mi tierra. Esto es lo que me hace ser quien soy. Siento que estaré siempre regresando, que estaré siempre volviendo para ser quien soy.

Allá, por los años 59, llegó a Trujillo, invitado por nosotros, don Antenor Orrego, amigo de César Vallejo, que llegaba de una conferencia en la universidad de Córdoba. Durante dos semanas sostuvo coloquios sobre Vallejo. Conversó con nosotros y dijo que seríamos los sucesores del Grupo Norte.

En una ocasión, cuando nos despedíamos, estábamos frente a don Antenor -que tenía 67 años y yo 17 años- y comencé a preguntarle todo lo que quería preguntar sobre Vallejo, de su poema y en qué lado de Chan Chan se situaban los muchachos del Grupo Norte, y de qué actriz era aficionado. De pronto don Antenor me dijo: “*a pesar de que tienes en el bolsillo un libro de poemas que me quieres mostrar, veo más bien que eres un preguntón y, en consecuencia, que serás un periodista y escritor; además de eso tu escribirás una novela sobre El Grupo Norte y Cesar Vallejo*”.

Eso es lo que he venido a contarles ahora: de cómo escribí *Vallejo en los infiernos*. Desde aquel año, desde

aquella vez, estaba condenado, por la profecía de Orrego, a escribir una novela.

Don Antenor murió al año siguiente, súbitamente, pero yo tenía en mi mente la presencia de José Eulogio Garrido, y era amigo del poeta del grupo Norte Don Francisco Xandóval. Por todas partes me asechaban tantos recuerdos. Mi padre trabajaba entonces en el diario *Norte*, y yo, a su lado, me fui comiendo los recuerdos hasta que ellos se metieron dentro de mí, y -como cuarenta años después- súbitamente ya no pude contener esa avalancha de la memoria que fue la que me llevó a escribir esta novela.

La primera parte de mi libro trata sobre algo que vivieron ellos y que vivimos nosotros: el descubrimiento en Trujillo de una “Liga de Artesanos”. Fue fundada en 1885 por los primeros anarquistas que llegaron a esa ciudad. Ellos hicieron las luchas obreras que incendiaron el área azucarera del río Chicama, cuando su protesta se hizo general. En mérito de ello y de los anarquistas iban a llegar luego los socialistas, los comunistas. Iba a nacer un nuevo mundo.

En esta Liga de Artesanos de Trujillo, podíamos leer los mismos libros que habían sido leídos por César Vallejo, Víctor Raúl Haya de la Torre, y, después, por Ciro Alegría.

En los años veinte un grupo de jóvenes frecuentaban la actual biblioteca de América. Proudhon y Fourier fueron leídos con avidez. Ahí conocieron a narradores rusos y franceses del siglo XIX. En uno de los jardines el joven Antenor Orrego leía, casi recitando, la obra sublevante de Manuel González Prada. Ahí todos ellos conocieron las utopías del cambio social que pronto iba a transformar la historia del mundo.

En la primera de esas salas César Vallejo se sintió atraído por una joven bibliotecaria llamada María Sandoval, quien fue su primera enamorada y su maestra de francés. Su muerte temprana le inspiró esa querrela con Dios en la que le reprocha “tú no tienes Marías que se van”.

En otra de sus estancias austeras y silenciosas de La Liga, Haya de La Torre leía la historia de los anarquistas a quienes llamaría “Santos Laicos”. En ese mismo lugar el músico Carlos Valderrama se sintió agitado por el ritmo interior que le llevó a componer una sinfonía.





Macedonio de La Torre decía que en el jardín del segundo patio, quedó fascinado y que el verdor de las plantas le inspiró a su pintura una suerte de “hundirse en el alma”.

Se trataba de un grupo de jóvenes que apenas pasaban los 20 años de edad. Ellos soñaban con renovar la estética, darle nuevos contenidos a la vida, construir la justicia social y unir a los pueblos de América Latina en una sola patria. Nunca en todo el Perú, y pocas veces en algunos países, se congregaron tantos jóvenes brillantes en una ciudad que no tenía más de veinte mil habitantes. La Liga de Artesanos que yo conocí era la misma y tenía los mismos libros. Sigue en el mismo sitio, está situada en la calle Colón, antes de llegar a Pizarro.

En mi novela cuento lo siguiente: una semana más tarde, Vallejo fue a recoger a María y ella lo esperó en la puerta. Luego empezaron a caminar sin rumbo fijo; ella quería saber todo de él. A César le bastó callar para no hablar de sí mismo y saber más de ella. Así supo que María Rosa escribía un diario íntimo:

-Hay que dejar escrito lo vivido para que sea eterno -aseveró la muchacha. Y sin embargo, no es posible. Te confieso que no sé escribir.

-Tampoco yo, nadie lo sabe, pero se insiste, y escribes y escribes, hasta que un día dices lo que querías decir - dijo Vallejo-

-y si nunca digo lo que quería-dijo ella

-¿cómo dijiste que te llamabas?-preguntó Vallejo

-ella respondió - ya te dije María Rosa Sandoval

- No te llamas así, te llamas María Bashkirtseff.

-¿María Bashkirtseff?

- Ella fue una rusa – comenzó Vallejo

- que escribió un diario íntimo cuando tenía veinte años de edad –completó María-, claro que me acuerdo. Murió a los 22, el año pasado.

Hablaron de Darío, de la revolución soviética, de Chopin, de Mendelssohn. La noche descansaba sobre ellos. Mientras argumentaba, César caminaba largos pasos y se había alejado unos metros de la muchacha. Reparó en eso y retrocedió buscándola con los brazos,

como lo hacen los ciegos. Tal vez ahí ambos sintieron la música de las esferas. Él le tendió la mano y ella se la tomó. María Rosa era tan pálida como el cielo y parecía estar ardiendo. Ya no la veía César pero la adivinaba por el olor minucioso de las hojas del naranjo. La veía y dejaba de verla. Ambos comenzaron a arder sin llamas como la luna que ardía sobre las altas pirámides truncadas de Chan Chan. Ella le rodeó el cuello con el brazo. Tal vez fue él quien lo hizo. Nunca lo sabrían, nunca.

Trujillo es una isla en medio de 15,000 años de antigüedad. Hay vestigios arqueológicos en las cuatro direcciones. Hay algo más, todo en Chan Chan y en las pirámides da la impresión de estar vivo. No hay maestro brujo que no los invoque durante sus trabajos. Además, la historia se repite. Uno supone que Chan Chan fue devastada por un fenómeno meteorológico. Otros creen que sus habitantes perecieron luego de una guerra prolongada perpetrada dentro de una masacre por parte de sus enemigos, los incas.

De la misma forma, en 1932, hubo una revolución popular en Trujillo. Durante dos semanas la gente alzó bandera roja en la prefectura y vivió ahí una sociedad justa. Pasado ese término fue sitiada por aire, mar y tierra. Cinco mil de sus defensores fueron conducidos a Chan Chan y fusilados sumariamente, de espaldas a los calurosos brillos.

Fue en Trujillo, donde además de escuchar su oratoria prodigiosa, hice amistad con el líder y fundador del aprismo Víctor Raúl Haya. A él le pedí que me contase algunas anécdotas sobre su amistad con César Vallejo.

En una ocasión, paseando con él, subimos hacia el segundo piso de una vieja casa trujillana y entramos al apartamento del estudiante Vallejo. Me dijo Haya: “a veces estudiábamos juntos. En una ocasión César estaba sentado al frente de una mesa. Allí, al fondo, leía a Darío. De pronto, pasaba por la calle un vendedor anunciando a gritos el producto que ofrecía “bizcooooochu” gritaba. Tal vez César escucho la “o” como una “u” y sintió que la “u” subía a buscarlo. De ahí vienen esos versos que dicen “serpentina “u” del bizcocheru”.

Cuántas veces he reflexionado sobre el cubismo -añadía Víctor Raúl- he pensado en mi amigo; creo que esa propuesta pictórica coincide con el lenguaje del poeta. Las metamorfosis del cubismo son simultáneas con el Surrealismo se han transpuesto con Stravinsky en la música y armonizado en las estrofas de Vallejo.



Otros amigos del Grupo Norte me acompañaron en ese perpetuo descubrimiento de Vallejo, que es Trujillo. A solo una cuadra de la casa del poeta, bajando por la calle Orbegozo, se encuentra la iglesia de Santa Ana, la más antigua de Trujillo. En la esquina del frente, sobre la misma calle, se erige la casa de María Sandoval. Me acompañaron a ella el gran poeta, amigo y contemporáneo de César, el poeta Francisco Sandoval, hermano de María, con su hijo adoptivo Teodoro Rivero Ayllón, fundador de nuestro Grupo. Logramos entrar a la casa y descubrimos la ventana a través de la cual la musa y el vate se entrevistaban algunas noches en las que solo el viento de Trujillo hablaba.

Fue justamente Teodoro quien me ofreció con generosidad poética el diario de María. ¿Cómo había llegado hasta él? A la muerte de don Francisco, su maestro, Teodoro y su esposa se hicieron cargo de la viuda, doña Rosina Espejo Estruguisaba de Sandoval. ¿Le dicen algo estos apellidos? Son los de su hermano Juan, miembro del grupo y el primer biográfico de Vallejo. Cuando apenas tenía 20 años María Sandoval murió de tuberculosis en las sierras de Trujillo donde iban las víctimas de ese mal incurable. Sus diarios y cartas fueron recuperadas por su hermano Francisco, son los que aparecen con valor de primicia en mi libro “Vallejo en los infiernos”.

Creo que no ha habido un día en Trujillo en que no escribiera un mensaje de Vallejo. El más urgente llegó cuando alguien me hizo saber que el funcionario más importante del gobierno de la región, Luis Santa María estaba demasiado interesado en obtener el expediente del juicio que se le seguía al poeta. La razón de su deseo era fácil de adivinar: Santa María era hijo del mayor enemigo de Vallejo, aquel que valiéndose de sus influencias políticas logró convertir a los acusadores en acusados. Durante el juicio por los sucesos de Santiago de Chuco, era evidente que trataba de hacer desaparecer las pruebas de la inocencia del poeta. Me lo hizo saber el doctor Germán Patrón Candela, mi antiguo profesor de derecho procesal penal y lector de Vallejo. Sin embargo, él ya estaba al tanto y tomó las providencias. Tramitó y logró que le fuera entregado el expediente; así impidió que llegara a las manos del interesado. Leyendo las piezas procesales al lado de mi maestro, descubrí las razones jurídicas que habían sido advertidas. El juez ah doc había inventado documentos y dibujado las rubricas de ciudadanos, quienes posteriormente juraron ante notario que jamás habían estado en el lugar de los hechos y que ninguno de esos garabatos correspondía

a sus firmas. César Vallejo fue un preso político y un candidato a pasar largo tiempo en la cárcel, o a morir de súbito, castigado por sus ideas socialistas. Muchos críticos y comentaristas de su obra suelen decir solo unas letras, o dedicar líneas breves, a veces mesquinas, respecto de que el derecho es fundamental en la gesta de *Trilce* y en la comprensión de ese libro y del propio país que le dio origen.

Nuestro poeta fue testigo y denunciante de un acto criminal ocurrido en Santiago de Chuco en 1920, cuando, azuzados por los poderosos, los gendarmes, acantonados ahí se levantaron en armas intentaron, eliminar a las autoridades locales y asesinaron a un intelectual amigo del poeta. Con piedras y sus propias fuerzas los vecinos impidieron que aquello se convirtiera en un genocidio.

La acción judicial fue iniciada contra los gendarmes y sus incitadores. Sin embargo, movida por la fuerza, la Corte Superior de Trujillo la convirtió en una investigación criminal contra los denunciantes y las propias víctimas. Cuando el abogado del poeta pidió que el supuesto sicario –quien según Santa María había sido armado por Vallejo– fuese llevado a la corte de Trujillo, la “justicia” lo concluyó atado al lomo de una mula y, bajo custodia armada, a mitad del camino, lo bajaron del animal y lo mataron a balazos aduciendo que había intentado huir.

Por casualidad, el juez ad hoc era abogado de poderosas empresas, como Casa Grande que en vez de salario ofrecía coca y comida a sus trabajadores, y Quiruvilca donde miles de indios eran obligados a trabajar veinte horas al día, hasta la extenuación, la tuberculosis y la muerte.

Como ya he dicho, en la Universidad de Trujillo nacía una sociedad de jóvenes atraídos por el socialismo y el anarquismo o por la sola idea de liberar a los oprimidos. Las grandes empresas y sus agentes querían escarmentarlos y eliminarlos físicamente si fuera posible. Vallejo fue la víctima escogida, el terrorista de la época. Como sabemos Vallejo nunca fue absuelto. Le dieron solo la libertad provisional. Si hubiera regresado de Europa hubiera sido empujado a la cárcel peruana. Un año después de haber obtenido la libertad los Santa María lograron que el juicio se reabriera.

¿Qué pasó cuando Luis Santa María se enteró que yo escribía una novela sobre Vallejo? era él entonces un influyente congresista del Perú y me hizo saber, a través de amigos comunes, que no se iba a quedar

tranquilo con lo que consideraba una afrenta para su familia. Me invitó varias veces a comer pero yo nunca acepté. Una vez sí lo hice, pero con la condición de que yo pagaría la cuenta. Me hizo una detallada descripción de sus agravios. Lo que yo nunca supe fue si era un soborno o una amenaza. Lo dejé hablar y pagué la cuenta.

Vallejo salió con libertad condicional y se vino a Lima. Sin embargo, esta libertad podría estar trucada. En el mismo momento en que se reabría la causa contra él, su gran amigo y primer prologuista de Trilce, Antenor Orrego, recibió una alentadora invitación: su sobrino Julio Gálvez Orrego había cobrado una herencia: “Me voy a París, voy a tomar un pasaje para el barco; en vez de tomar en primera para mí voy a comprar dos de segunda, quiero que viajes conmigo”. No lo pensó dos veces el filósofo y de inmediato transfirió su pasaje a Vallejo y así se lo hizo saber en un telegrama. César respondió con una tajante negativa, pero Orrego insistió: “urgente César (stop), viaja con Julio (stop), ya me tocará, nos vemos en París, no olvides juicio reabierto. Antenor”. El último telegrama decía solamente, “en París (stop), espera destino (stop), Perú la cárcel”.

Vallejo se había resistido a aceptar el sacrificio de Orrego, pero después de dos telegramas, el tercero llevaba la razón más temible. El juicio había sido reabierto y se le estaba notificando acercarse a la cárcel de Trujillo para su detención. Cuando se dio cuenta de que la cárcel tenía otra vez la boca abierta para él, aceptó. Salir del Perú era escapar de los infiernos.

Partió hacia Francia el 17 de junio de 1923. En vez de la frialdad de la crítica limeña, César viajaba hacia su destino. Orrego no pudo hacer ese viaje; en el Perú habría de sufrir casi 15 años de prisión por su amor a la justicia social. Sin saberlo, César Vallejo y Antenor Orrego habrían intercambiado sus destinos y acaso sus almas.

No quiero contarles más porque corro el peligro de que alguno de ustedes me ofrezca mayor información y yo tenga que agregarle más hojas a mi libro. La verdad es que tiempo después de descansar de tanta mafia me lanzaría a escribir de un tirón la novela *Vallejo en los infiernos*. Tal vez seguí las recomendaciones de que para escribir un

poema es necesario olvidar, es necesario tener recuerdos de las noches de amor en las que ninguna se parezca a la otra. Es necesario haber permanecido sentado junto a los muertos en la habitaciones, con la ventana abierta y los ruidos que vienen a golpes; es necesario saber olvidarlos cuando son muchos y hay que tener la paciencia de esperar a que vuelvan pues los recuerdos mismos no son suficientes hasta que no se convierten en nosotros: sangre, mirada y gesto. Cuando ya no tienen un nombre y no se distinguen de nosotros mismos, hasta entonces nos puede suceder que en una noche muy silenciosa, del centro de ella se levante la primera palabra de un verso, y creo que eso pasó conmigo; solo cuando las



infinitas memorias de Vallejo se convirtieron en silencio y cuando no pude distinguir lo que era historia y lo que pertenecía a su propia vida, quise escribir la primera página y me salieron veinte y unos meses después quinientas páginas de recuerdos u olvidos que componen esta novela.